

El destino del centro de Bogotá *

Samuel Jaramillo

Introducción

Todo parece indicar que en la actualidad Bogotá vive un proceso de transformación en su estructura de distribución socio espacial. En particular el centro de la ciudad parece estar experimentando mutaciones de envergadura. No obstante, la interpretación del fenómeno no aparece todavía clara. La "opinión pública" —si con esta denominación ambigua designamos los discursos dominantes, que se manifiestan en los medios de comunicación, en las discusiones no especializadas, etc.—, tiene una percepción del proceso en cuestión bastante peculiar, en algunos aspectos contradictoria, en la cual nos parece distinguir la presencia de distorsiones nacidas de intereses de clases particulares. Esta misma interpretación, o por lo menos su esquema básico, comienza a transvasarse en discursos especializados y burocráticos, los cuales, con el referente respetable de

la técnica y el poder, tienden a legitimar y sacralizar esta manera de entender el fenómeno. A nadie escapa las repercusiones que esto tiene como elemento legitimador de acciones estatales sobre el centro de la ciudad. Este texto apunta a llamar la atención sobre el carácter inacabado, por lo menos, de la interpretación sobre las transformaciones que sufre actualmente el centro de Bogotá. Para ello examinamos en primer lugar algunos elementos de coherencia interna y de solidez de los indicios de la interpretación tradicional. De otro lado, intentamos contrastar esta percepción con otros datos factuales que no siempre se tienen en cuenta para estos análisis. Finalmente presentamos algunos puntos de referencia para enriquecer y replantear la interpretación, en especial destacando algunas tendencias que por su carácter embrionario no aparecen lo suficientemente nítidas para la reflexión.

* Este texto fue originalmente presentado en el seminario sobre "El devenir de la ciudad", realizado en la Universidad Nacional de Colombia, seccional Medellín, Post-grado de Planeación Urbana, mayo de 1982.

I. El centro y el modelo tradicional de repartición socioespacial en Bogotá

El modelo de organización socioespacial imperante en Bogotá durante

las últimas tres décadas ha sido uno de los más nítidos y a la vez más típicos entre las ciudades latinoamericanas. Si quisiéramos destacar sus componentes más relevantes podríamos decir que se caracteriza por una muy aguda segregación socioespacial y una tendencia a la suburbanización¹.

En un proceso que comienza en los años 30, pero que se consolida claramente en la década de los 50, la ciudad abandona su anterior configuración centralizada, en la cual los estratos superiores y las actividades terciarias se localizaban en un núcleo central, rodeado por un cinturón periférico que alojaba fundamentalmente a sectores populares y actividades industriales.

A partir de estas fechas, y en conexión con una multiplicidad de fenómenos, como la aceleración de su crecimiento poblacional, cambios en la estructura de propiedad de la tierra periurbana, transformaciones ideológicas alrededor del papel de la vivienda, sobreviene una explosión espacial de esta ciudad anteriormente densa y concentrada: aparecen en forma masiva asentamientos periféricos alejados del casco central, con importantes discontinuidades en el tejido urbano, que con el tiempo generarán núcleos de servicios que entrarán en competencia con el centro tradicional. Pero es más, sobre todo a partir de los años 50, este proceso se da en forma supremamente jerarquizada: los estratos más altos se localizan en un eje de expansión hacia el norte y el "centro de gravedad" positivamente connotado se desplaza sucesivamente en esta dirección. Toda la zona norte de la ciudad adquiere una configuración espacial y una lógica interna particulares, exclusivamente conectadas con los patrones de comportamiento de las capas superiores. Sin duda, el resultado físico, similar al de

los "suburbios" de otras latitudes, caracterizado por viviendas unifamiliares de baja densidad, está ligado en nuestro caso a la estructura de la producción de vivienda para estos estratos, dominada por fraccionadores de terrenos periféricos y por la llamada "producción por encargo".

De otra parte los estratos populares tienen una localización muy diferenciada, fundamentalmente en el sur y sur oriente, y su expansión se da predominantemente a través de la "autoconstrucción" y la "urbanización pirata" (terrenos con propiedad legal de la tierra, pero al margen de los reglamentos urbanísticos, por lo general carentes de uno o más servicios públicos).

Los sectores medios tienen pautas de localización subordinadas, siguiendo con retraso la emigración de los estratos altos hacia el norte (a menudo ocupando sectores abandonados por las élites), y con algunos asentamientos propios hacia el occidente, de una menor importancia relativa.

El centro de la ciudad experimenta notables mutaciones. Una parte del área central que antiguamente había sido el asentamiento de las capas más altas, ante su emigración, es ocupada masivamente por capas populares. Esto se da fundamentalmente en las zonas del sur del centro, aledañas a las áreas periféricas, que de ahora en adelante serán asignadas a los grupos de bajos ingresos. Las antiguas mansiones son subdivididas e improvisadamente adaptadas para pobladores pauperizados: proliferan los inquilinatos y aparecen actividades de servicios tradicionales a estos grupos empobrecidos. Estas zonas del centro se deterioran físicamente y en forma abrupta cambian de connotación social.

Otra cosa sucede con el núcleo central propiamente dicho. Aunque como hemos mencionado, sufre la compe-

¹ S. Jaramillo *Producción de vivienda y capitalismo dependiente: el caso de Bogotá*. CEDE, Universidad de Los Andes. Bogotá, 1981.

tencia de los nuevos subcentros en algunas actividades de servicios, esto se da en términos relativos. Como la ciudad crece en forma tan vertiginosa, esto no es incompatible con un considerable incremento absoluto del volumen de estas actividades en zona central. Además, el centro conserva su calidad de asiento exclusivo de la mayoría de las actividades terciarias superiores y de prestigio, que se multiplican extraordinariamente en este período. Lo cierto es que el centro de la ciudad es objeto de cuantiosas inversiones públicas y privadas y se expande físicamente en forma apreciable. Habría que anotar que esta expansión se da sobre todo hacia el norte, y que el centro de gravedad (el "centro del centro") parece desplazarse en esta dirección, sin duda atraído por los nuevos asentamientos de vivienda de los grupos más ricos.

II. ¿Hacia un nuevo modelo de distribución socioespacial?

A pesar de que no se cuenta todavía con una visión clara del asunto, existe la sensación general de que atravesamos un período de inflexión, y que nos encaminamos hacia un nuevo modelo de distribución socioespacial, cualitativamente diferente del que venimos de mencionar. Miremos algunos hechos nuevos que parecen apuntar en esta dirección.

La desenfrenada tendencia a la suburbanización por parte de las capas superiores parece haber encontrado un límite relativo. El avance definitivo de las relaciones propiamente capitalistas en la industria de la construcción y la vertiginosa concentración de capital, resultante de las políticas estatales en años recientes, han hecho aparecer como actores dominantes en esta rama a promotores propiamente capitalistas en lugar de los antiguos fraccionadores ("urbanizadores"): lo importante es que los intereses de estos nuevos agentes con respecto a la tierra periurbana

son muy diferentes y su efecto sobre las presiones a la suburbanización es así mismo distinto. A su vez, las distancias ya considerables de la extrema periferia norte e importantes cambios en la vida cotidiana de las capas más ricas han hecho variar sus pautas de ocupación del espacio. Los barrios muy poco densos de casas por encargo, son reemplazados por vivienda en serie más compacta y de expansión continua. Una fracción importante de las inversiones en vivienda para estos sectores se orienta hacia la producción en altura, densificando y transformando localidades ya consolidadas, por lo pronto en el área norte.

La expansión periférica de los sectores populares a través de la autoconstrucción también da muestras de desfallecimiento. La autoconstrucción en sí misma encuentra barreras como el alza en los precios de los materiales de construcción, la baja en la disponibilidad de fuerza de trabajo no vendida al capital por parte de los autoconstructores etc. Pero existe un hecho central: los terrenos cuyas características son coherentes con la autoconstrucción, que en un tiempo fueron muy abundantes, se han tornado escasos y por lo tanto costosos. La única opción restante para una gran proporción de los habitantes más pobres de la ciudad es la densificación de barrios populares ya consolidados, a través de mecanismos tales como la "vivienda compartida" y el inquilinato, cuya extraordinaria proliferación ya ha sido detectada en algunos estudios.

Las capas medias experimentan un considerable incremento numérico y se ubican con preferencia en zonas hacia el occidente y sur occidente y zonas más alejadas en otras direcciones. Dos son las novedades con respecto a su dinámica espacial: ingresan masivamente en la demanda del sector capitalista de producción, por una parte, y por la otra la ya perceptible esca-

sez de tierras las obliga a localizarse en asentamientos incrustados en zonas populares, algo que era desconocido en el pasado.

Sin embargo, tal vez el proceso de mutación más importante y cuya interpretación es menos unánime tiene que ver con el centro de la ciudad. Las líneas subsiguientes pretenden contribuir a una discusión que deberá ser necesariamente colectiva y que apunta a una aprehensión sistemática de dicho fenómeno.

III. El deterioro del centro, lo mítico y lo real

En forma difusa, pero no por ello con menos repercusiones, parece abrirse paso una interpretación que conecta distintas manifestaciones parciales de cambio, con un proceso de "deterioro" que sufriría el centro de Bogotá. El concepto de "deterioro" no parece ser muy preciso, pero justamente su ambigüedad y polisemia parecen ser claves en el papel de los discursos que giran alrededor de esta interpretación.

Parece existir una connotación de deterioro físico: las edificaciones del centro dejan de ser mantenidas, son destinadas a usos inadecuados y se degradan aceleradamente, así como el espacio urbano que las circunda. También se habla de un deterioro funcional y económico. El centro parece perder su importancia. Importantes firmas emigran hacia otros lugares, la inversión inmobiliaria parece estar estancada, hay cada vez menos habitantes y menos empleos. Un deterioro social y simbólico se percibe a su vez. El centro parece convertirse en el asiento privilegiado de prácticas marginales como la prostitución y el robo callejero. El comercio de lujo parece estar siendo reemplazado por cuchitriles y vendedores ambulantes. Los inquilinatos donde se alojan con preferencia delincuentes y marginales parecen invadir el conjunto del casco central.

No es característica de ningún mito ideológico tener coherencia rigurosa desde el punto de vista lógico, ni exhibir pruebas de la consistencia de sus percepciones, pero sí, por supuesto, presentarse como evidente desde la perspectiva del "sentido común" y de las experiencias vivenciales. Así esta percepción tiene explicaciones, aunque hay que advertir que muchos de los síntomas atrás mencionados aparecen simultáneamente como causas y efectos. Pero si entramos a jerarquizar los elementos que son señalados como fuentes de este proceso global de deterioro, podríamos destacar los siguientes: la inseguridad que obstaculiza el ejercicio de funciones y actividades previamente desempeñadas en el centro. La congestión que así mismo dificulta estas actividades. La invasión de vendedores ambulantes que son a la vez congestión e inseguridad. La "inquilinización", que atrae a los delincuentes, etc.

Curiosamente, este telón de interpretación es reorganizado para sustentar propuestas de acción estatal muy diversas, en ocasiones abiertamente divergentes. Si se evidencia un lento dinamismo del centro de la ciudad, algunos argumentan que se hacen innecesarias e indeseables algunas inversiones de gran envergadura que se planean para el sector, destacándose entre ellas la construcción de un sistema de transporte masivo tipo "Metro". Otros por el contrario arguyen que el diagnóstico de la decadencia de esta unidad espacial pone sobre el tapete la urgencia de acciones estatales masivas en términos de "renovación urbana", las cuales en asocio con el capital privado, logren realizar inversiones que "regeneren" el sector y de paso expulsan a los grupos sociales disruptores.

IV. La percepción de los técnicos del deterioro del centro

Las concepciones anteriores comienzan a emerger en el discurso especiali-

zados. De alguna manera esto es una ventaja para la fijación del conocimiento pues allí puede exigirse mayor precisión y coherencia.

El Banco Mundial y la Corporación Centro Regional de Población acaban de realizar uno de los más ambiciosos estudios que se haya hecho sobre una ciudad, en este caso sobre Bogotá². Allí se abordan múltiples aspectos, y por su magnitud y la amplitud de los aspectos tratados, no es posible ignorarlo cuando se habla de Bogotá. Aunque como veremos, el estudio no se ocupa explícitamente del problema del centro, de hecho aporta muchísima información empírica e implícitamente suministra una línea de interpretación, que a nuestro juicio se enmarca en los lineamientos atrás mencionados. Las siguientes líneas solo pretenden introducir algunos puntos iniciales de discusión sobre las implicaciones de este análisis en la formalización de los fenómenos que se desarrollan actualmente en el centro de Bogotá.

Reiteremos la advertencia anterior. El estudio de "La Ciudad" no tiene un tratamiento específico del centro. Es más, este trabajo está compuesto por un gran número de análisis parciales cuyas conclusiones individuales corresponden a sus autores particulares. No obstante, por lo menos para el caso del análisis del centro juzgamos que sus componentes tienen una clara convergencia y desde distintos ángulos se apunta a una visión coherente. Lo cierto es que independientemente de la voluntad de los autores del estudio "La Ciudad", sus resultados objetivamente son utilizados como la base más importante para una interpretación —en el campo de los técnicos—

de los fenómenos que experimenta el centro en la dirección antes mencionada. Esta es la principal razón por la cual nos ocupamos preferentemente de sus conclusiones. En rigor lo que discutiremos son las implicaciones posibles de los análisis parciales de este estudio sobre una interpretación de los procesos actuales en el centro de Bogotá.

Diversas captaciones del estudio "La Ciudad" parecen confirmar en forma contundente el proceso de decadencia vital del centro de Bogotá, esta vez con el respaldo de observaciones rigurosas y controladas. Desde distintas perspectivas se confluye a validar la percepción general.

El estudio emprende una compleja y difícil observación de la evolución de los precios del suelo en Bogotá. Su conclusión es que a pesar de que los precios de la tierra en la ciudad en general tienen un incremento real sostenido en los últimos tiempos, los precios de los terrenos centrales no solo pierden dinamismo en relación a otras zonas, sino que descienden absolutamente en términos reales³. Dado que tradicionalmente se toma la evolución de los precios del suelo como un termómetro de la actividad global en un sector urbano, esto sería un indicio realmente elocuente sobre la depresión de la actividad socioeconómica general en el centro de Bogotá.

Otra constatación preocupante es la continua tendencia que exhibe el centro de Bogotá a perder habitantes. Mientras la ciudad como un todo pasa de 1'538.000 habitantes en 1964 a 2'878.000 en 1973 y a 3'899.000 (estimado) en 1977, el centro desciende respectivamente en estas fechas de 86.000 habitantes a 73.000 y finalmente a 68.000 para el último año mencionado. (Lo que implica con res-

² Existe una larga lista de documentos sobre aspectos parciales agrupados bajo la rúbrica global de "Estudio Urbano" o "La ciudad". Cinco de ellos, los más accesibles, han sido publicados en los números 40-41 de la Revista de la Cámara de Comercio de Bogotá, diciembre de 1980.

³ R. Villamizar. Precios del Suelo en Bogotá. Un análisis descriptivo. CCRP. 1980.

pecto a la población total, un 5.6% en 1964, 2.5% en 1973, y 1.9% en 1977)⁴.

Lo anterior parece ser más serio cuando se ve que simultáneamente el Centro parece estar perdiendo empleos. De una parte, la categoría del empleo industrial, con el papel estructurante que se le asigna en la distribución espacial de la población, da muestras de disminuir en el centro de Bogotá⁵.

Pero aún más, el empleo global localizado en el centro parece también descender en términos absolutos. Si cada vez vive menos gente en el centro y además menos gente trabaja allí, la declinación social del centro parecería indudable.

Los estudios de transporte muestran dos evidencias que operarían en el mismo sentido. Una altísima proporción de las rutas de buses atraviesa el centro de la ciudad, contribuyendo en forma considerable a la congestión de este sector. Una parte muy importante de los desplazamientos cotidianos de los bogotanos no tienen ni su origen ni su destino en el centro, ni implican necesariamente tocarlo.

Todo esto y algunas otras evidencias que si bien no son sistemáticas, son aludidas con frecuencia (traslado de sedes sociales privadas y organismos estatales o subcentros alternativos, etc.), apoyarían en forma muy clara la percepción de que el centro ha entrado en una fase de agudo deterioro.

V. Consideraciones sobre las evidencias técnicas

Las siguientes líneas apuntan a suministrar algunos comentarios que nos

permitan reflexionar sobre los alcances de las implicaciones que podemos extraer para la interpretación, de los indicios captados anteriormente.

Lo primero que habría que decir es que lógicamente no parece muy clara la relación que se establece entre congestión y "muerte" social del centro. A menos que se especifique cada uno de los términos uno esperaría más bien una asociación en el sentido inverso: son los sitios a los cuales muchas personas quieren ir y quieren utilizar los que se congestionan y no lo contrario. Para no ser simplistas en esta reflexión miremos con detenimiento el caso que nos ocupa: se dice que uno de los principales factores de congestión del centro obedece a un diseño inadecuado de las rutas de buses, las cuales en su inmensa mayoría atraviesan el centro, mientras que las trayectorias de viaje expresadas por los usuarios en una gran proporción no tendrían por qué tocar este sector (esto último además sería coherente con los otros síntomas de pérdida de importancia del centro). Semejante contraste entre las decisiones de los productores y las aspiraciones de los demandantes en una economía de mercado, debería ser explicada muy detenidamente.

La intervención errática de una burocracia ineficiente podría conducir a un resultado como éste. Pero eventuales errores técnicos en el diseño de las rutas no parecen explicar satisfactoriamente el caso que nos ocupa. Diversos estudios sobre la estructura del transporte colectivo en Bogotá han mostrado que la asignación de rutas, aunque formalmente es decidida por un aparato estatal local, en la práctica es controlada por los propios transportadores⁶: son ellos quienes tienen

⁴ R. Mohan. *Población, ingresos y empleo en una metrópoli en desarrollo: un análisis espacial de Bogotá, Colombia*. CCRP, Bogotá.

⁵ K.S. Lee. *Location of Manufacturing employment in Colombian Cities*. The City Study. 2/78.

⁶ S. Camacho y R. Londoño: "Planteamientos y soluciones del transporte urbano en Bogotá" *Estudios Marxistas* No. 16. 1979. S. Jaramillo: "La situación de los conductores de transporte urbano en Bogotá", *Estudios Laborales* No. 1, noviembre 1981.

la iniciativa informal, y en caso de conflicto, simplemente no cubren las rutas que no sean rentables. También habría que descartar como explicación la concentración excesiva del sector que permitiera conductas rigurosamente monopolísticas. Lo que se observa más bien es una competencia encarnizada entre las casi tres decenas de empresas de buses y busetas de la ciudad por controlar los puntos más atractivos de este mercado. No se puede otorgar tampoco una excesiva responsabilidad de este hecho a una red vial rígida e inadecuada. A pesar de que pueda decirse que tradicionalmente existió un énfasis marcado en vías de tipo radial, los criterios y las realizaciones de la administración local han sido en completar vías anulares, que ya tienen tiempo de operación suficiente para tener un efecto sobre los flujos de transporte. Lo cierto es que existen rutas de tipo anular, que se adaptarían mucho más a las trayectorias de los bogotanos. Pero en contra de lo que podría esperarse, estas rutas no han sustraído una parte esencial de la demanda a las rutas que incluyen el centro en su trayectoria, las cuales continúan siendo las más rentables, o por lo menos las más apetecidas por los transportadores. Hasta que surja un nuevo elemento de reflexión, uno estaría inclinado a pensar que lo que sucede es que una gran cantidad de bogotanos continúa usando el centro y esto se refleja, más que en los sondeos, en sus comportamientos cotidianos en lo que respecta a sus demandas efectivas por transporte.

La emigración de empleos industriales del centro tampoco es una prueba concluyente de la decadencia social de esta sección de la ciudad. Recordemos que el desarrollo de los medios de transporte y comunicación tienden a homogeneizar el espacio interurbano en términos de las condiciones productivas. Esto y el hecho de que la industria es una gran consumidora de terrenos hace que este uso sea uno de los

más débiles competidores por tierra urbana y en general tiende a ocupar los espacios residuales que dejan otras actividades más sensibles a las ventajas de localización. Por esta razón generalmente la industria ocupa terrenos periféricos, donde la presión por la tierra es menor, las rentas urbanas son menos elevadas y las condiciones productivas son básicamente similares. Existen algunas excepciones: cuando se trata de unidades productivas muy pequeñas, se deben combinar las actividades propiamente productivas con otros procesos de gestión, de comercialización, etc., que obliga a competir con otros usos. En estas circunstancias no es raro que empresas muy pequeñas se vean obligadas a disputar terrenos centrales con rentas considerables, a otros usos como el comercio o la gestión. Otro caso es aquel en el cual algunas industrias ocupan terrenos centrales como resultado inercial de esquemas de división del espacio anteriores que ya han sido superados. En ciudades de tan rápido crecimiento como Bogotá no es raro encontrar empresas industriales, cuya localización en el momento de la decisión, 30 ó 40 años atrás, era periférica, pero por efectos de la acelerada transformación de la ciudad han quedado en una ubicación relativamente central. Ahora bien, con el proceso de centralización del capital en la industria, tienden a predominar las grandes firmas sobre las pequeñas. Las primeras tienen la oportunidad de desdoblar sus funciones, de tal forma que sus actividades de gestión, de realización, etc., pueden permanecer en el centro y las plantas productivas ser desplazadas hacia sectores donde la renta es más baja. De otra parte, la creciente presión de usos alternativos sobre los terrenos centrales ocupados por grandes industrias, llevan a éstas a emigrar a la periferia, liberando estas tierras en operaciones que con frecuencia significan ganancias importantes. (En Bogotá recientemente conocemos algunos casos notables de este tipo). En las mediciones

estadísticas, esto se reflejará en disminuciones del empleo industrial en el centro y en emigración de empresas hacia la periferia. Pero este indicio está lejos de señalar la decadencia social del centro y da más para pensar en lo contrario. Lo alarmante sería que esto no estuviera ocurriendo. Que en una ciudad de tan rápida expansión como Bogotá, las actividades tradicionalmente centrales estuvieran tan poco atraídas por el centro que no ejercieran una presión por la ocupación del suelo, capaz de desplazar a la industria de estos lugares.

También es muy preocupante la percepción de que *simultáneamente*, el centro de Bogotá está perdiendo habitantes y puestos de empleo en términos globales. El hecho de que pierda habitantes no es tan sorprendente. Normalmente en un centro de la ciudad dinámico, las actividades terciarias superiores tienden a desplazar la vivienda, bien sea porque se demuelen antiguas edificaciones dedicadas a vivienda que se reemplazan con construcciones destinadas a otros usos, o porque simplemente se readapta el antiguo espacio construido; es bien frecuente que esto compense la producción de nuevo espacio construido de uso residencial, y como saldo el número de viviendas descienda en el centro. Pero normalmente estos nuevos usos del espacio construido son el soporte de nuevos empleos y en ese sentido el empleo global debería aumentar. ¿Cómo descendería si al mismo tiempo se reduce el número de residentes centrales? La única opción sería que se nos ocurre, es una contracción global muy acentuada del espacio central construido; es decir que el espacio construido y ocupado antiguamente en vivienda no es reemplazado por usos alternativos que sostengan empleos. Pero no parece que los propietarios de terrenos derriben sus edificaciones para no construir nada. De hecho, dado el nivel absoluto

muy alto de los precios del suelo en esta zona, esta renovación privada desemboca en producción de espacio construido incomparablemente más denso que el anterior y que necesariamente debe expandir, y en forma considerable, el número de empleos centrales. Si la percepción señalada fuera objetiva, estimamos que estaríamos viendo un proceso de destrucción masiva de espacio construido en el centro, de desocupación de terrenos y de edificaciones, de tal magnitud que sería inocultable a la experiencia desprevenida. Y no parece ser lo que estamos viendo. Lo anterior, y en general la percepción de la decadencia del centro, es coherente con la intuición de que la actividad constructora debe ser muy débil en el centro. Desafortunadamente son muy deficientes nuestras estadísticas de producción de espacio construido en términos desagregados por sectores de la ciudad. El CENAC, sin embargo adelanta un registro de lo que ellos denominan "oferta de edificaciones". A pesar de que su metodología es un poco compleja hemos podido extraer los siguientes datos para algunos períodos recientes: la proporción de metros construidos nuevos (para la venta y no para la venta) en el centro⁷ con respecto al total de Bogotá fue entre diciembre del 76 y diciembre del 77, el 13.4%. Este mismo dato fue del 9.8% entre agosto del 78 y septiembre del 79⁸. Como se ve es una proporción nada despreciable. Este mismo dato es difícil de extraer para otros años, pero si miramos lo que el CENAC llama "actividad edificadora" (que son las construcciones nuevas que no son para la venta, más el total de edificaciones en venta construidas en el período, o antes), que nos pue-

⁷ La definición de "centro" es más amplia para el CENAC que para el "Estudio Urbano", hay que advertir.

⁸ CENAC. *Oferta de edificaciones urbanas en Bogotá CEN-39-78 y Actividad edificadora y oferta de edificaciones urbanas en Bogotá. CEN-62-79.*

de indicar las tendencias de la construcción propiamente dicha, encontramos que la proporción del centro con respecto a Bogotá es relativamente estable (diciembre 76 - enero 77: 6.4%; enero 77 - diciembre 77: 8.9%; diciembre 77 - agosto 78: 6.8%; agosto 78 - septiembre 79: 5.4%).

Realmente, a pesar de que en repetidas exposiciones se habla de este descenso absoluto en los empleos globales del centro, no hemos logrado ubicar el texto donde se precise el procedimiento. Estimamos, sin embargo, a la luz del siguiente indicio, que se debe tomar con precaución esta conclusión. En los estudios mencionados del CENAC se encuentra que la distribución de la producción de espacio central construido, en términos de usos, es muy diferente al del conjunto de la ciudad. La proporción de la producción de vivienda en el centro es prácticamente insignificante con respecto al total (menos del 1% para las dos fechas). Sin embargo, en otros usos es muy significativa. En lo que respecta a oficinas se construyó en el centro entre diciembre del 76 y diciembre del 77, el 67.2% de los metros construidos con este destino en toda la ciudad, y entre agosto de 1978 y septiembre de 1979, ascendió al 74.2%. En términos de locales comerciales, la superficie construida en el centro ascendió en la primera fecha al 47.9% y en la segunda al 22.6% del total⁹⁹. Si tenemos en cuenta que estos usos del espacio construido están asociados a la generación de empleo, estos indicios nos deben llamar la atención sobre la necesidad de dilucidar sistemáticamente este aspecto.

Otra evidencia aparentemente concluyente sobre la declinación de la actividad socioeconómica en el centro de la ciudad, consiste en la caída relativa y absoluta de los precios del suelo

en esta área. Nuestros comentarios se orientan en dos sentidos. El primero es una anotación metodológica sobre algunas eventuales limitaciones de esta percepción para el análisis que aquí efectuamos. En virtud de la gran dificultad que ofrece el manejo de datos en un ejercicio de este tipo, el "Estudio Urbano" decidió trabajar únicamente con transacciones sobre terrenos no construidos, con el fin de no entrar en la operación difícil y peligrosa de estimar los precios de la construcción. Esto es a todas luces razonable. Tiene sin embargo, un pequeño problema. En áreas muy consolidadas, los terrenos no construidos no solamente son escasos, sino que es esperable que sus características sean relativamente atípicas para que permanezcan en este estado. Siendo el centro una de estas áreas consolidadas por excelencia, se debe ser cuidadoso en concluir a partir de datos que presenten las circunstancias mencionadas.

La otra anotación es de tipo teórico y tiene que ver con la transparencia de la conducta observada en los precios del suelo, con respecto al ritmo de la actividad económica en esta área. Normalmente se asocian ambos términos en la medida que se supone que los precios del suelo constituyen cuantitativamente la "capitalización" de las rentas periódicas generadas en el sector, y por lo tanto tienen una conexión directa con las ganancias extraordinarias captadas por los agentes económicos que operan en estas localidades. Pero los precios de mercado de los terrenos tienen otros componentes, que no siempre se consideran pues se estima que su evolución es similar a la del elemento anterior. Uno de ellos son las rentas futuras, es decir la trayectoria de la magnitud de las sobreganancias captadas en el sector en los períodos subsiguientes (o las expectativas al respecto, para ser más exactos). Adicionalmente, y conectado en parte con lo anterior, los flujos de demanda especulativa por terrenos. Bien,

⁹⁹ CENAC. *Op. cit.*

el mismo estudio muestra cómo aparentemente los precios de los terrenos periféricos en Bogotá están creciendo con mucha celeridad. Es bien probable que esto atraiga el grueso de los dineros especulativos hacia esos sectores, y su efecto sobre los precios del suelo central puedan determinar su estancamiento e inclusive su contracción, sin que esto quiera decir necesariamente que las rentas actuales, y por lo tanto la actividad en esta zona esté decayendo absolutamente.

En resumen, creemos poder concluir que las mencionadas evidencias están lejos de ser definitivas sobre una supuesta declinación de la actividad general en el centro de Bogotá. Más aún existen algunas evidencias que nos orientarían bien sea a sacar conclusiones en sentido contrario, o a matizar y enriquecer la formalización de los procesos sociales que se están desarrollando en el centro. El siguiente apartado lo dedicaremos a adelantar algunas ideas preliminares encaminadas a contribuir a la reflexión en esta última dirección.

VI. Otros elementos de interpretación

Si lo que pretendemos es una comprensión más compleja de lo que está ocurriendo en el centro, debemos simultáneamente intentar explicar el hecho de que el anterior discurso aparezca tan generalizado y sea percibido como algo evidente, que pocos ponen en cuestión. Creemos que abordar los dos tópicos al mismo tiempo, puede darnos puntos de referencia interesantes.

Lo primero que habría que advertir, es que la discusión anterior no tiene como corolario sostener que en el centro de Bogotá no está ocurriendo nada. De hecho, existen claras indicaciones, muchas de ellas ya evocadas en lo que discutimos, que sugieren que el papel del centro está sufriendo transformaciones importantes. Lo que no nos satisface completamente, es la

organización de estas percepciones parciales y la interpretación global que de ellas se extrae.

Habría que diferenciar inicialmente, porque tienen significados totalmente distintos, entre lo que sería una pérdida de importancia relativa del centro, y la caída absoluta de su actividad social y económica.

Es bien probable que el centro de Bogotá haya cedido parte de su preeminencia relativa de que disfrutó en el pasado, a favor de otros subcentros alternativos que han ido consolidándose en la ciudad. Esto, sin embargo, no debe alarmarnos demasiado, porque por lo menos parcialmente, obedece al crecimiento y complejización de la ciudad. Cuando las dimensiones de la ciudad son más reducidas y su funcionamiento más sencillo, es corriente que en el centro de la ciudad se aglutinen no sólo actividades propiamente centrales cuya lógica de operación abarca el conjunto del sistema urbano, sino también muchas funciones de apoyo a la vivienda (aprovisionamiento cotidiano, etc.). Bogotá se ha expandido en forma muy considerable y es natural, incluso deseable, que estas actividades ligadas estrechamente a la vivienda, vayan desplazándose con los sectores habitacionales y conservando distancias razonables con respecto a sus áreas de operación. En un examen menos rápido habría que introducir matices adicionales en la jerarquización, desde este punto de vista, de las actividades urbanas. Es sin duda conveniente que surjan núcleos secundarios que sirvan ciertos sectores de la ciudad en determinados renglones, lo cual parece estar ocurriendo en Bogotá, sin que esto necesariamente implique que en el centro estén ocurriendo catástrofes.

Hay que recordar además, que es esperable que con el crecimiento de la ciudad, el "centro" también se expanda. Esto es especialmente relevan-

te para ciertos estudios que por comodidad estadística sin duda, comparan el mismo espacio físico en etapas muy diferentes del desenvolvimiento de la ciudad. ¿Si la población y el área global de la ciudad se duplican, es razonable esperar que sus actividades centrales se desarrollen en la misma área física? Esta intemporalidad en el análisis lleva en ocasiones a establecer segregaciones estadísticas caprichosas que distorsionan los resultados. (Un caso notable para Bogotá: el llamado Centro Internacional prolongación del centro tradicional hacia el norte, ¿debe ser tomado como una unidad espacial distinta? La decisión, que debe responder a un análisis urbanístico riguroso y no a consideraciones expeditas de comodidad estadística, tiene enormes repercusiones sobre la formalización: de acuerdo a la opción que se tome, el considerable desarrollo de este subsector será captado como "descentralización", o como afianzamiento del centro).

Por lo que hemos discutido, todo parece indicar, que es difícil sostener que en términos absolutos el centro esté perdiendo vitalidad, si con esto nos referimos a la actividad socioeconómica en general. Ya hemos visto que la producción de espacio construido en algunas actividades típicamente centrales, que están asociadas con un volumen apreciable de empleo, se desarrolla con marcada preferencia en el centro. Prácticas, como los flujos de transporte, la utilización del espacio público urbano, tienden a reforzar esta percepción.

Tenemos algunos otros indicios en el mismo sentido, que desafortunadamente están aún en proceso de elaboración, y cuyas conclusiones preliminares, simplemente adelantamos¹⁰. La evolución espacial de ciertas actividades puede ser seguida a partir del aná-

lisis sucesivo de los directorios telefónicos. Por ejemplo, la ubicación de las oficinas bancarias (que podría ser tomado como otro de esos "termómetros" de la actividad económica general) parece tener el siguiente comportamiento: el centro continúa siendo el sector espacial más denso en este sentido. Aunque ha perdido peso relativo, por el crecimiento espacial de la periferia, en términos absolutos el número de establecimientos bancarios en el centro, ha crecido en forma apreciable. Existen algunas actividades, cuya expansión ha sido particularmente notable en el centro: destaquemos entre ellas los establecimientos de educación media y superior y los cines. Estos usos son importantes en dos sentidos: señalan un eventual reforzamiento del papel lúdico y cultural del centro, y además, tienen la característica de mostrar una utilización importante de esta unidad espacial, sin que esto se refleje en aumentos apreciables de la vivienda o de los empleos en el sector. En otras palabras, es un filón adicional de "vitalidad" del centro que no siempre se refleja en ciertas estadísticas.

¿Pero si esta actividad social en el centro parece crecer, por qué existe un discurso social que sostiene justamente lo contrario? ¿Además por qué parece tener tanta aceptación, que hasta para la reflexión especializada, aparece como el soporte natural sobre el cual se puede apoyar?

Nuestra sospecha se encamina en la siguiente dirección: el discurso sobre la creciente obsolescencia del centro se genera en el hecho de que para un sector social específico, las capas dominantes en términos sociales y económicos, efectivamente los procesos que se desarrollan en esta unidad espacial implican —para ellos— un entrabamiento de su funcionalidad y una pérdida del control social sobre este espacio. Como todo discurso de clase, esta manera de percibir el problema intenta mostrar lo que es particular para es-

¹⁰ Esta indagación aún sin publicar es adelantada actualmente por Francisco Mejía y por Samuel Jaramillo.

ta clase, como algo con validez global para todos los grupos. Intenta amalgamar procesos que sólo desde su perspectiva tienen efectos similares, pero que no necesariamente tienen una misma naturaleza. Y, por supuesto, intenta formalizar el diagnóstico de tal manera que la estrategia global de respuesta sea coherente con sus intereses ya sea prácticos inmediatos, como ideológicos generales.

Creemos percibir que el proceso nuevo más importante que actualmente se desarrolla en el centro es el relevo gradual pero ineluctable, de los grupos sociales que lo utilizan. En efecto, y cada vez con mayor nitidez, se puede apreciar que son grupos de estratos medios y bajos quienes usan con preferencia el centro como soporte de sus prácticas lúdicas, de sus actividades de comercio y de servicios.

Esto es particularmente contradictorio para las capas superiores, por la siguiente razón. Una de las características más marcadas en el sistema urbano bogotano es el enorme contraste entre las diversas capas sociales en lo que se refiere a organización de la vida cotidiana (concomitante con la acentuada segregación socioespacial). Los nuevos grupos que refuerzan su presencia en el centro, traen consigo sus propias pautas de ocupación del espacio. Para ellos los vendedores ambulantes, las tiendas de baratillo, las ventas de bocados ocasionales, etc., no significan ningún deterioro sino que constituyen prácticas aceptadas y tradicionales. Para los grupos más ricos, la proliferación de estos elementos se constituye en un obstáculo en términos simbólicos, más que en términos funcionales. Particularmente se ven afectadas aquellas actividades terciarias superiores que requieren una gran coherencia simbólica en el moldeo del espacio. Físicamente no es imposible vender artículos de lujo, o realizar contactos interfinancieros, por ejem-

plo, en sectores cuyos espacios públicos estén invadidos por ventas callejeras o vendedores ambulantes, pero esta heterogeneidad socioespacial sí se constituye en una dificultad en términos simbólicos. No por azar uno de los movimientos más conspicuos en los últimos tiempos, es la emigración de firmas y organismos operando en este tipo de actividades, quienes se trasladan hacia sectores ocupados homogéneamente por capas superiores, donde puedan recuperar la coherencia simbólica de su entorno.

Este desplazamiento constituye una etapa en un proceso de largo aliento, en el cual los grupos dominantes han ido perdiendo paulatinamente control en el moldeo directo y cotidiano del espacio en la ciudad. Si retrocedemos a los años 30 encontramos que las élites tenían tal preeminencia social sobre otros grupos, que a pesar de mantener enormes diferencias culturales, ideológicas, de usos y costumbres, con otras capas, podían compartir básicamente el mismo espacio, gracias a la imposición de conductas jerarquizantes. La emigración de los grupos más ricos hacia el norte, en las décadas subsiguientes, obedece en buena parte, más que a una profundización de las diferencias en los esquemas de organización de la vida cotidiana, al afianzamiento en esta esfera de capas medias y populares. De alguna forma este escape continuo e iterativo cada vez más hacia el norte, responde al intento por parte de los grupos más ricos de recuperar su dominio exclusivo sobre su entorno, en este caso, en lo que se refiere al espacio de vivienda. El momento que vivimos actualmente parece marcar el inicio de una nueva etapa en la cual las capas superiores se ven obligadas a crear para sí mismas un ámbito en el cual puedan desarrollar en forma exclusiva y segregada no sólo sus prácticas ligadas a la vivienda, sino también sus actividades lúdicas, simbólicas, comerciales, etc.

De esta manera, la imagen del "deterioro" del centro obedece más bien a un sentimiento de pérdida de control por parte de los grupos dominantes sobre este sector de la ciudad y a la constatación creciente de que estas transformaciones van a contramarcha con sus propios requerimientos ideológicos. Pero no es que el centro se torne cada vez más difícil de utilizar para todo el mundo: sólo que la posición privilegiada de los grupos que experimentan estas dificultades, les permite impulsar el mensaje ideológico y extienden al conjunto de la sociedad, lo que en realidad sólo los atañe a ellos como categoría social.

Una clara muestra del carácter de "mito" ideológico de clase que tiene este discurso, puede observarse en la identificación que se establece entre este cambio en el carácter social de los usuarios del centro, por una parte, y la agudización de la inseguridad y de las conductas antisociales. Estos dos procesos no sólo son diferentes, sino que lejos de ser equivalente pobre con delincuente, es más bien la acción del gran capital lo que acelera la lumpenización de sectores del centro.

Habría que preguntarse en primer lugar si efectivamente los riesgos de violencia o robo callejero son más acentuados en el centro. Algunos estudios sobre este tópico revelan la gran independencia que existe entre inseguridad "objetiva" y sensación de inseguridad¹¹. (Lo que afecta inclusive las estadísticas de inseguridad que entre otras cosas, se encuentran determinadas por fuertes condicionantes ideológicos). Nos inclinamos a pensar que en buena parte los temores que individuos de clases elevadas experimentan en estas zonas responden más que a amenazas reales, al desconocimiento y al rechazo de las prácticas socioespaciales de estos sectores.

Pero gracias a la discusión, y en vista de que no tenemos un registro sistemático de lo anterior, miremos un poco el asunto de la inseguridad en el centro.

Lo primero que habría que aclarar es que la existencia de delincuentes no está explicada por las características espaciales del centro, es decir no es que el "deterioro" del centro produzca atracadores, ladrones, raponeros. Esto obedece a procesos sociales de una generalidad mucho mayor, y lo que podríamos discutir es sobre la conexión entre las particularidades del centro y la distribución espacial de estas conductas marginales. A raíz de la experiencia en ciudades de otras latitudes, todo parece indicar que no sólo no existe identificación entre delincuencia y sectores populares, sino que precisamente la ocurrencia de este tipo de actos se acentúa con el paulatino desplazamiento de habitantes del centro. El límite social más efectivo ante estas conductas marginales, lo constituye la delicada red de relaciones interpersonales que se establecen entre quienes habitan un sector, lo que permite un control colectivo de las conductas en este espacio. La transformación masiva de vivienda a otros usos, el tipo de espacio introducido por la renovación comandada por el gran capital y el Estado (inmensas superficies con horarios de utilización muy rígidos), generan "tierras de nadie" no apropiadas por ningún grupo social, y por lo tanto libres de cualquier control diferente a la siempre insuficiente vigilancia policiaca. Si el sector de grandes bancos es intransitable por las noches, no es porque persistan en el centro artesanos y vendedores ambulantes, sino más bien por lo contrario, porque estos usos financieros impiden la vivienda en estos sectores de cualquier grupo social, popular o no.

Lo más delicado del asunto, es que distintas acciones concretas inspiradas

¹¹ H. Coing, Ch. Meunier. *La Insecurité Urbaine. Le Mythe Comme Vol de Langage*. Institut d'Urbanisme de Paris, 1978.

en este discurso pueden acentuar algunos de los procesos que hemos visto, e incluso crear y agravar algunos de los problemas verdaderos que vive el centro. Es tal vez desenfocado pensar que la construcción de este discurso responde a objetivos precisos de tal o cual grupo, entidad, o capital individual. Como hemos visto, sus raíces son más profundas y obedece más bien a una situación global de sectores de clase amplios. Sobre este marco y en determinados momentos, distintos actores individuales pueden intentar reorganizar sus componentes para lograr metas inmediatas que los favorezcan particularmente, y que como hemos visto, pueden ser muy divergentes. Pero existen líneas de acción globales que sí parecen tener especificidad a nivel general. El sentimiento de desposesión de uno de los sectores espaciales más importantes de la ciudad, tradicionalmente apropiado por grupos dominantes y en el cual se ha plasmado simbólicamente parte de su historia, lleva a estos grupos a intentar una recuperación simbólica del centro, y esto claro está, a partir de los instrumentos de que disponen, y condicionados por la percepción ideológica de que están dotados (lo cual no quiere decir que no se entronque, en ocasiones, con intereses específicos de agentes particulares, burócratas que buscan sacar partido de alguna operación, especuladores que preven un buen negocio, propietarios que ven amenazadas sus inversiones inmobiliarias, etc.).

De acuerdo a la representación que se tiene del fenómeno, se intenta incidir en sus resultados, afectando lo que se juzga es el resorte motor de ellos. Así, el tipo de intervención favorita para reconvertir las tendencias "depresivas" del centro, ha sido la apertura y ampliación de vías. De esta forma se ataca simultáneamente la congestión, se incentiva el reemplazo de edificaciones obsoletas y se expulsa a sectores indeseables. El resultado ha

sido efectivamente la aceleración de la conversión del espacio construido a usos diferentes a la vivienda, la desarticulación socioespacial de estos sectores, y la ruptura de su coherencia física, pues estas obras destrozan la arquitectura, dejando estas zonas llenas de demoliciones y "muelas", fachadas ciegas, cuya recuperación tarda años y genera una sensación, esa sí de deterioro físico durante largo tiempo. El Estado en los últimos tiempos ha desencadenado una ofensiva para revitalizar los espacios tradicionalmente ligados al poder, en el centro político de la ciudad. Lo grave es que a medida que avanza esta recuperación, se encuentran más contrastes con las zonas circundantes, en este caso habitadas por sectores populares: se pretende entonces realizar un tipo de reescritura de este espacio de "tierra arrasada", destruyendo uno de los pocos testimonios que restan del lenguaje formal tradicional de la ciudad, y de paso, expulsando población que hasta ahora había vivido en paz en su barrio, la cual muy seguramente, y ya se comienza a manifestar con las acciones estatales que se han emprendido, entrará esta vez sí, en un proceso de deterioro y lumpenización.

Finalmente, existe un elemento de análisis adicional que queremos evocar. Se trata de un movimiento nuevo que creemos advertir, el cual, por su carácter embrionario no parece todavía ser percibido con nitidez, aún por este discurso, pero que puede tener repercusiones importantes en el destino futuro del centro de Bogotá. Hablamos con esto del regreso de ciertas capas medias altas al centro de Bogotá.

Como hemos mencionado, en el modelo de distribución socioespacial que hasta hace poco ha predominado en Bogotá, en general la localización de las capas medias estaba subordinada a la de las élites. Intentaban seguir las en su emigración hacia el norte y

de alguna manera de su ubicación en esta dirección dependía su localización en la escala social. De alguna manera esto sigue siendo cierto para el grueso de estos sectores medios, con la variación de que la presión por la tierra ha obligado a crear asentamientos propios para estos grupos en el occidente e inclusive en el extremo sur. Lo cierto es que se trata generalmente de espacios contruidos con rasgos formales y ubicación predominantemente "suburbanos". Sin embargo, parece comenzar a aparecer una contratendencia importante a este esquema. Una fracción de estas capas medias, particularmente aquellas ligadas con la cultura y los procesos más abstractos, parecen preferir ciertas localidades centrales para su implantación de vivienda. Esto no solamente viola las pautas de localización de este sector, sino que parece ser nuevo en el centro mismo y con repercusiones eventuales sobre la utilización de este sector de la ciudad.

Un estudio reciente analiza este fenómeno en un lugar puntual en el cual su presencia es evidente, en algunos barrios en el límite norte del centro¹². Allí se muestra que en este caso efectivamente existe reemigración pues alrededor del 55% de la población, que en general coincide con los recién llegados, tienen como procedencias barrios del norte y de Chapinero, en un movimiento interurbano completamente contrario a los modelos tradicionales. Se puntualiza además que se trata de un sector social preciso, capas medias y medias altas, que como hemos dicho, o se ocupan de tareas propiamente culturales o artísticas, o de actividades abstractas fuertemente relacionadas con las anteriores (investigación social, planificación, periodismo, publicidad, etc.).

Los móviles más importantes de estas decisiones de traslado parecen ser dos: precios del espacio construido relativamente menos elevados que en lugares del norte y fundamentalmente, un proceso de transformación social y desenvolvimiento ideológico. Son sectores que abiertamente quieren diferenciarse de los modelos de vida de la gran burguesía y aspiran a crear un ámbito propio, identificado con sus valores. Escogen el centro o sitios cercanos a él, atraídos esencialmente por las posibilidades culturales que ofrece y por los restos de policlasismo en su utilización. Este caso surgió a propósito de un gran conjunto habitacional construido por el Estado, pero se extendió a la zona circundante con un gran dinamismo, creando a su vez sus propias unidades de apoyo de servicio.

Este estudio tiene un gran interés pues reconstruye la dinámica compleja de este proceso, algo en lo que desafortunadamente no podemos profundizar. Se podría aducir que se trata de algo excepcional y limitado, sin muchas repercusiones para el centro en general. Sin embargo, existen dos razones que nos inducen a pensar que no se trata de algo tan marginal. Una de ellas es que en distintas ciudades americanas y europeas comienzan a percibirse fenómenos sorprendentemente similares, a pesar de las diferencias de contexto, de movimientos contrarios de la suburbanización y de "reconquista" del centro, protagonizados por grupos muy semejantes a los que hemos descrito¹³. Posiblemente las transformaciones ideológicas y sociales ligadas a esto no tienen alcance puramente local.

El otro indicio se basa en el comportamiento de algunas cifras del estudio de "La Ciudad", que eventualmente implican algo más general. Por

¹² Marcela Ospina. *El proceso de recuperación del Centro de Bogotá. La Macarena y las Residencias El Parque*. Tesis de Grado. Facultad de Economía. Uniandes 1981.

¹³ *Urban Affairs Quarterly*. Vol. 15 No. 4, junio 1980, dedicado a The revitalisation of inner-city neighborhoods.

dificultades en la comparación de los datos no es posible seguir la evolución de la estratificación de ingresos de la población en las dos fechas de observación del estudio (1973 y 1977). Sin embargo, existe la posibilidad de una aproximación indirecta. Los trabajadores que habitan en el centro de la ciudad están clasificados por la instrucción recibida. En el período en cuestión, las categorías inferiores (sin educación, educación primaria, educación secundaria), se estancan absolutamente, con tendencias diferentes a los de la ciudad en su conjunto y en concordancia con el descenso de la población en el centro, mientras la categoría superior, trabajadores con educación universitaria, se triplica en términos absolutos¹⁴.

Esto no sólo confirmaría la sospecha de que la emigración del centro tiende a ser selectiva, quedándose con preferencia sectores más educados que recuerdan la caracterización que venimos de evocar, sino que implicaría un reemplazo y reemigración de estos grupos. Recuérdese que estos datos se refieren al centro en general y que además excluye los sectores tratados en el estudio del caso mencionado, donde el proceso parece ser innegable. Esto por supuesto no es evidencia suficiente, pero de ser cierto implicaría transformaciones importantes en el centro: recuérdese que se trata de sectores con ingresos apreciables, y que tienen relaciones con la vivienda y con el espacio público relativamente peculiares.

Para resumir en pocas palabras creemos que el fenómeno de la transformación del centro de Bogotá continúa sin una formalización definitiva, a pesar de las apariencias de problema resuelto y evidente. La tarea que se abre es la de acercarse sistemáticamente al tópico en un esfuerzo necesariamente colectivo y que combine simultáneamente el rigor y la imaginación necesarios para tomar distancia con las representaciones dominantes, no siempre válidas desde otras perspectivas.

De otra parte, tampoco quiere decir lo anterior que juzguemos que los cambios que indudablemente está experimentando el centro de Bogotá tiene signo uniformemente positivo y que el Estado debe desentenderse de ellos. Por el contrario, estimamos que estas transformaciones exigen el apoyo financiero y la dirección del Estado para amortiguar sus aspectos negativos y fortalecer su potencialidad de desarrollo social. No abogamos por abandonar a su suerte al centro de Bogotá, pero creemos que el Estado debe actuar sobre la base de un conocimiento más sólido de los procesos que allí se desenvuelven y no solamente a partir de visiones ligeras, que pueden encentrar apreciaciones sesgadas por intereses y tomar distancia con respecto a posibles prejuicios de clase, ajenos a la dinámica misma del centro, y que pueden ocasionar más daños que beneficios.

¹⁴ Mohan, op. cit. Si dividimos el número absoluto de trabajadores en 1977, por este número en 1973, nos da lo siguiente para el centro. Sin educación: 0.914; primaria: 1.003; secundaria: 1.044; superior: 3.183.